

# Simón del desierto

(CUENTO)

— Juan Miguel Ugartemendía —

Don Simón, el párroco, levantó los brazos al cielo y, entornando los ojos, comenzó a cantar la primera de las letanías. El sol reverberaba en la pedrería de su casulla y, tanto por el fulgor de los adornos como por el blanco inmaculado de la prenda, destacaba notablemente entre la masa negra y gris de los fieles que, frente a él, repetían monótonos el rezo. A su lado, un monaguillo de mirada torva sostenía impaciente la bandeja que contenía el hisopo que el párroco había de utilizar. Pero Don Simón parecía no reparar en él porque, para desesperación de todos, comenzó de nuevo las letanías de los agonizantes.

Se encontraban ya en la parte final de la procesión, y muchos se veían sesteando bajo cualquiera de los numerosos árboles que rodeaban la inalcanzable ermita.

Al cabo de un rato, Don Simón calló, y los fieles dieron gracias a Dios no tanto por su infinita bondad como por el súbito silencio del párroco. Don Simón, por fin, cogió el hisopo que le ofrecía el monaguillo y asperjó una poca agua bendita en derredor. Despúes, volviéndose, bendijo los campos resecos y amarillos que descendían suavemente hasta el pueblo, que dormía la siesta bajo el tórrido sol de agosto.

Los fieles, desde aquella perspectiva que les ofrecía la montaña, comprobaban con pesar el dramático aspecto del valle.

Doña Mercedes, la dueña de la principal taberna del pueblo, maldecía para sus adentros aquella sequía que había echado a perder las ganancias de los dos últimos años. Maldecía y se secaba el sudor de la frente mientras echaba a andar con los demás detrás del párroco que, recuperado del vahído que le sobrevino al final de la última letanía caminaba, como un ciego, aferrado al hombro del monaguillo.

Don Crisóstomo, el secretario del Ayuntamiento, maldecía también, pero no la sequía sino a su mujer, que le había obligado a acudir a aquella maldita rogativa. A ellos, al fin y al cabo, la sequía no les había perjudicado. Pero su mujer no era de la misma opinión. Y no sólo eso: le había prohibido que vistiera para tan solemne ocasión el traje de hilo, y así, se veía embutido en un traje de paño que le parecía iba a ser su traje de difunto. Su mujer, sin resuello, resoplaba como una vaca.

Algunos fieles que cerraban la procesión rogaban al resto que aminoraran la marcha, pero no recibían sino gestos mohínos y algún que otro comentario por lo bajo que no lograban entender. En esto, un viejo que avanzaba descolgado del grupo, abandonó la procesión y fue a sentarse bajo un árbol. El pobre hombre, apenas alcanzó la sombra, se desplomó. Dos viejas que vieron lo sucedido acudieron con rapidez al lado del viejo.

La primera que llegó a su lado, Doña Virtudes, le tocó con el bastón en el costado y, al ver que se movía, se arrodilló junto a él y le quitó la boina que le cubría el rostro.

-- Don Julián, ¿se encuentra Vd. bien?-- preguntó con un hilo de voz Doña Virtudes.-- Sí, sí-- respondió el viejo mascando las palabras.

Doña Virtudes se incorporó y, pasándole una mano por la axila, trataba de levantarlo diciendo:

-- Vamos, Don Julián, arriba podrá Vd. descansar con los demás. Ya casi no queda na...

El viejo la interrumpió con un bastonazo en la cabeza que sonó a hueco. Después, tranquilamente, acomodó la cabeza en una mata de hierba seca y, con la baba colgándole de la boca abierta, pareció quedarse dormido. Doña Virtudes, con la frente hinchada y el orgullo herido, fue a reunirse con Doña Filiberta, que la esperaba sentada en una roca bajo un chopo. Los demás se habían adelantado, y tuvieron que hacer un esfuerzo suplementario para alcanzarlos.

Gracias a aquel incidente las viejas pudieron, entre sofocos, entretenerse despellejando a Don Julián que

---

dormía, como hemos dicho, el sueño de los justos. Fuensanta, una mellada que pasaba por ser la más cotilla del pueblo, se unió al corrillo de alcahuetas y, al tener noticia de lo ocurrido, agitó repetidamente la mano en el aire hasta conseguir que cesara el parloteo.

-- Me farece, señoras, que ya habrá tiempo en el pueblo para decidir el castigo para ese canalla. Ahora, por favor, sigamos en silencio a Don Simón.--dijo la vieja sin percatarse de los abundantes espumarajos que le salían por las comisuras de su des poblada boca.

Todas estuvieron de acuerdo y guardaron silencio. Así, calladas, pasaron junto a la fuente de la Milagrosa, que estaba seca para la ocasión. Algunas, en su desesperación, tuvieron deseos de llorar. Después, una curva cerrada y empinada, un falso llano de roca desnuda y por fin , allí, enclavada en un claro de bosque, la ermita.

En el preciso instante en que los fieles hacían su entrada en el claro, comenzó a soplar un viento que, viniendo de todas direcciones, levantó enormes remolinos de polvo que disgregaron la comitiva. Parecía aquello una romería de ciegos. Don Simón, desesperado, buscaba a tientas el hombro del monaguillo, y todos, olvidando al párroco, buscaban el refugio de la ermita.

Al llegar a ella, comprobaron desolados que la techumbre, sin saberlo nadie, se había venido abajo. Algunas viejas también se vinieron abajo y comenzaron a llorar a coro.

Doña Pura tiraba de la manga de su marido y señalaba con el brazo extendido hacia el oeste:unas enormes nubes negras parecían querer comerse las montañas a sus espaldas. La alarma creció cuando los truenos y relámpagos hicieron acto de presencia. Las primeras gotas cayeron antes de que los feligreses tuvieran tiempo de abandonar el claro.

Descendieron la montaña entre caídas y lamentos. Los corrimientos que tuvieron lugar a los pocos minutos de iniciarse el diluvio cortaron los caminos con rocas y árboles, obligando a los fieles a recorrer mayores distancias entre el barro.

Cuando llegaron al pueblo no parecían sino caricaturas de sí mismos. Algunos se perdieron y tuvieron que partir patrullas de rescate en su búsqueda. Una vieja murió de pulmonía al día siguiente y otra, Fuensanta, la mellada, apareció dos días después, rebozada en barro.

La tormenta, de todas formas, remitió, y las lluvias de las dos semanas siguientes aliviaron en gran medida las penalidades de los habitantes del valle, quienes dieron gracias a Dios por su infinita bondad.□